



6-161

# BECÓS

Cuenta Heródoto, en el capítulo II del libro II de sus Historias, que Psamítico, Rey de Egipto, queriendo averiguar cuáles hubiesen sido los primeros de los hombres, entregó dos niños recién nacidos á un pastor, para que se les criara sin hablarles nada y en lugar desierto, á fin de ver qué lengua hablarían por sí mismos; y que como á los dos años se dirigieran una vez al pastor tendiéndole las manos y pidiéndole *becós*, lo que luego les oyó el mismo Psamítico, y como se averiguase que *becós* en frigio quería decir pan, el Rey vino á saber que los frigos eran más antiguos que los egipcios, y, por lo tanto, el pueblo primitivo.

Esta leyenda herodotiana no es más que divertida y curiosa, con su aire de experimento científico, en que se toma á los dos pobres niños como material de investigación, como ranas de una filología supersticiosa. Mucho más poética y honda es la leyenda que el espíritu popular de la Edad Media atribuyó á Federico II Hohenstaufen, al nieto de Barbarroja, al que no ha muerto, sino que duerme el sueño soterrano en su sepulcro. Aunque esto de no haberse muerto del todo, sino dormir en su sepulcro, atribuye otras veces la leyenda á su abuelo, á Barbarroja, que espera su resurrección en Kyffhaenser. El cual Federico II, *el Durmiente*, apartó también de todo trato humano á dos criaturitas humanas, para oír luego en qué lengua hablarían; pero se murieron, dice el cronista, á falta de cantos de cuna con que brizarles el sueño.

Los pobres niños con que Federico II quiso hacer el crudelísimo experimento del lenguaje natural, anterior á toda historia — y que no es, claro está, más que un absurdo — se murieron, no de hambre, no de sed, no de frío: se murieron de soledad, acaso de una desesperación inconsciente, y se murieron por falta de cantos con que enmarles el sueño adormeciéndoles. Se murieron de sueño, porque no podían dormirse, y no podían dormirse porque no había canto que les diese carne de ensueño, flor que soñar. Y así pasaron al sueño inacabable y sin ensueños: á la muerte. Y entretanto, Federico II, el Hohenstaufen, el que llenó tanta historia en aquel siglo XIII tan henchido de ella, sueña bajo tierra, y... ¿en qué sueña? Acaso en el poder del canto, de la poesía, de la leyenda, para librarnos de la muerte haciéndonos soñar la vida.

Podrá un niño, podrá un pueblo soportar que no se le hable, que no se le dé el conocimiento racional de las cosas, y aun podrá en tal estado salir pidiendo pan en frigio — todo esto dentro de la leyenda metafórica, por supuesto —; pero, ¿cómo un niño, cómo un pueblo — que es niño siempre — va á poder dormirse y descansar así, á ratos, de la vida, para no caer en la muerte, si no le adormecen con cantos, con encantamientos más bien, con leyendas de fe, con brizadoras de esperanza?

Leopardi, aquel espíritu tan despierto, tan trágicamente despierto, tan consciente de la vanidad del sueño de la vida, en aquel estupendo Cántico del Gallo Salvaje, que es una terrible brizadora para la muerte, nos decía que tal cosa es la vida, que para soportarla es menester, á veces deponiéndola, recoger un poco de aliento y restaurarse con un gusto y como con una porcioncita de muerte.

Los pueblos han pasado en Europa, en el mundo, por un tremendo ensueño, más bien una pesadilla,

que ha sido la gran Guerra, ó mejor acaso la gran Revolución, y se han despertado, según algunos quieren creer, en la paz. Pero, ¿no será más bien que esa gran Guerra ha sido la vela, y que es con la paz con lo que han entrado en el sueño que les ha de librar de la muerte? Y lo que necesitan son cantos de cuna, leyendas brizadoras. ¿No el del Coco, no!

«Duerme, niño chiquito, — que viene el Coco á llevarse á los niños — que duermen poco.»

Y, sin embargo, este Coco espantable, este poder misterioso que se lleva á los niños y los devora, y que no es otra cosa que la Muerte, sirve, al ser invocada, para adormecer al niño. El niño se duerme para que no le lleve el Coco, para no morirse. El niño cierra los ojos para que el Coco no le vea.

«¿Que viene el Coco!» Es la suprema invocación para que un pueblo, al igual de un niño, se duerma y no se muera de sueño.

Los egipcios de Psamítico, y Psamítico mismo, debían de ser un pueblo materialista, y más bien de aquel que luego se ha llamado el materialismo histórico, el de Carlos Marx, ya que supusieron que la primera palabra que inventaría un niño, aunque sea en frigio, habría de ser para pedir pan, mientras que los piadosos cristianos del tiempo de Federico II, del maravilloso siglo de Francisco de Asís y del Dante, sabían que el hombre vive más de sueño — y de ensueño — que de pan, y que no puede dormirse, y durmiéndose librarse de la muerte, si no se le aduerme con cantos de cuna. De donde se saca que el canto, no ya la letra, es tan necesario, por lo menos, como el pan para poder vivir.

«No de pan sólo vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale por la boca de Dios.» (Mat., IV, 4.) ¿Cuántas veces no se ha repetido esta sentencia bíblica! Y acaso nunca ha tenido más hondo y más trágico sentido que en boca de Brand, el coloso del héroe ibseniano. ¿Y qué es una palabra que sale por la boca de Dios? ¿En qué se diferencia la que sale por la boca de Dios, la palabra divina, de cualquiera otra palabra? Sin duda, en que es palabra que sirve para darnos el sueño que nos libra de la muerte, el ensueño que nos libra dormir como piedras. La palabra que sale por la boca de Dios es la que les faltó á los dos pobres niños á quienes apartó de todo canto humano, y, por lo tanto, de Dios, Federico II Hohenstaufen, el que duerme en su tumba. Debería cantársele á un pueblo:

Duerme, pueblo rendido, — que viene el Coco á llevarse á los pueblos — que duermen poco.

Y, sin embargo, cosa terrible el que un pueblo se duerma, ¿cosa terrible un pueblo dormido! Pero, ¿y un pueblo que no puede dormir por falta de cantos de cuna, por falta de encantamientos legendarios, y que se muere de sueño? Cosa terrible lo uno y lo otro.

Morirse de sueño equivale, en resumidas cuentas y en último caso, á morirse de no morir, y es lo de Santa Teresa: «muero porque no muero». Sólo que todo esto sonará á arriesces sutilezas á los que se atienen á que la primera palabra que sale de boca del hombre es *becós*.

Miguel de Unamuno